

# Encanto Suicida

Arik Eindrok

Para **Rous**,  
la única razón para no estar triste en esta existencia absurda

*Encanto suicida,  
un divino verso que me recuerda  
el tragicómico absurdo de la vida.*

# I

Lo último que supe tras haberme dejado caer en el agua era que cometía algo estúpido, pero a la vez muy hermoso. Y era tan placentera la sensación de desprendimiento que, antes de desaparecer por completo, agradecí el último momento y me arrepentí de no haberme entregado antes al magnífico encanto del suicidio.

El encanto de suicidarse es una sublime forma de recurrir a la divinidad que la muerte puede conferir sobre la banalidad de la vida. La decepción de un mundo donde nada es justo y hermoso, donde todo carece de sentido e impera la estupidez únicamente dejan una alternativa: la puerta que permanece siempre abierta. Cruzarla es el comienzo de un estado aún desconocido, pero tal vez más encantador que la existencia humana, tanto como el amor.

Y es que, antes del fin, aún espero enamorarme por última vez, pues sé que solo eso me obsequiará una muerte mucho más encantadora.

Despertar desesperado por no hacerlo, continuar a pesar de añorar el descanso eterno. Ensuciarse en la inmundicia que es la humanidad, no saber ya si me hallo vivo, muerto o si al menos soy real.

Tu límpido y afrodisiaco calor me protege de la realidad. En tu belleza espiritual y sempiterna se plasman mis delirios. Cada recuerdo está inspirado

en las pinturas de tu alma refulgente. El poeta suicida que rompe dimensiones en ti tatuará su mente.

De eso se trataba al abrir los ojos por la mañana y enfrentar otro día en este banal mundo, tan solo de olvidar que estaba vivo para tener la voluntad de seguir viviendo.

Llegó el momento en que la agonía de existir fue tan profunda y rimbombante que, en mi inútil humanidad, me hundí en la crápula y la decadencia para sentirme un poco menos muerto, al menos por unos insignificantes momentos.

Tan triste y miserable era la humanidad que dos personas del sexo opuesto no podían tener otra razón para permanecer juntos unas horas que no fuera unir sus cuerpos en un absurdo intercambio de sensaciones semimuertas que avivaran someramente el fuego que la banal existencia había helado desde el comienzo.

Vivir es decadente, vivir siendo humano es la muerte.

Me sentía miserable cuando miraba a las personas a mi alrededor porque sabía que ellas, siendo mil veces más ignorantes y estúpidas, también eran infinitamente más felices, humanamente felices. Ese era, sin embargo, el regalo por negarse a ser uno mismo, por haberse entregado tan cómodamente a la intrascendencia que caracterizaba al vomitivo rebaño.

Cualquier intento por cambiar el mundo es lo más valioso que pueda concebirse, el problema fundamental se presenta cuando uno se percata de la imposibilidad de cambiar aquello que no desea ser alterado.

Era peligroso cuestionarse y darse cuenta de que la verdad que tanto se buscaba no existía por ninguna parte.

Proseguir por ese sendero eventualmente ocasionaría un desenlace trágico, pues involucraba desprenderse de toda la basura que se había introducido en la mente desde el comienzo, desgarrarse el alma para averiguar quién se era realmente, rechazar todo tipo de contacto humano y hundirse en la inevitable percepción de que la humanidad es solo una equivocación.

Una vez recorrido el sendero, tarde o temprano, ya nada más quedaría, todo se tornaría banal e insulso. Cualquier compañía sería tediosa y anodina. Incluso la filosofía, el misticismo, los libros y las artes, todo eso seguiría siendo humano y algo de lo que uno terminaba hastiándose.

Entonces se comprendía la advertencia fatal, pues en el intento de hallar la verdad lo único que se conseguía era desprenderse de uno mismo, de lo que había sido implantado en la mente para permanecer vivo. Así, no quedaba otro remedio que elegir el mejor y más hermoso día para cometer el exótico acto del suicidio.

Si los humanos fuesen un poco menos estúpidos, elegirían liquidar a todas sus abominables criaturas engendradas, y luego se matarían en favor de un mundo maravilloso.

Las mejores personas que he conocido en esta repugnante existencia no han pasado de prostitutas, alcohólicos y maniáticos. Y de las peores no quiero hablar ya, pues las miro diariamente en cuanto pongo un pie en la supuesta civilización.

En la sombra de mi soledad encontré más motivos para sobrevivir un día más que en aquellos por los cuáles todo el mundo luchaba, que siempre se reducían solo a sexo y dinero. ¿Es que había, me preguntaba, algo más por lo que los humanos creyeran estar vivos?

Por el bien de la humanidad se debe exterminar a la humanidad.

Qué fastidio preocuparse por bagatelas como el amor y la felicidad, no comprendo el absurdo sufrimiento de tantos humanos capaces de cualquier cosa con tal de obtener dichos placeres, aunque sean tan efímeros... y tan falsos.

¿Qué me importa que no me ames mientras puedas unir tu boca y tu cuerpo con el mío? ¿No es esa la máxima expresión humana para entregarse a otro ser? ¿No es el acto de fornicar en sí mismo la única razón para sentirse vivo, el pretexto favorito para adornar de amor lo opuesto a la verdad?

Si fuera mujer solo me interesaría hacer una cosa en la vida: matar a todos los hombres.

Lo poco que aún me pertenecía en esta tumba recalcitrante de sentimientos magullados me resultaba imposible de preservar mientras más vivía.

Porque solo a ti te esperaré por siempre, incluso más allá del lúgubre velo de la muerte.

El suicidio era lo que reclamaba la sublimidad inexpugnable. Y el delirio me suplicaba para culminar las explosiones que, en soledad, atrapaban la lucidez

de los muertos a los cuáles contemplaba con ironía.

Siempre supe que en esta vida mi naturaleza se encontraba más que podrida.

En este cúmulo de imperfección he sido solo un mártir de la irrelevancia, encasillado en el vacío que ahora se presenta tan misericordioso y embriagador para despojarme de la execrable ironía con que intentaba compensarme la vida.

Me entristecía sórdidamente porque sabía que era un ser tan banal como todos esos humanos que disfrutaban lo efímero del tiempo en esta infame existencia.

Quizá la ilusión del amor sea solo una trastornada percepción de la intrascendencia humana que se perpetúa en nuestra acondicionada consciencia.

Tener sexo con la mayor cantidad de personas posible es la mayor fuente de admiración y triunfo en este horroroso y cerval mundo, lo máximo a lo que puede aspirar el humano en su miserable y vil existencia.

Siempre será mucho más gratificante y satisfactorio proveernos de un placer que intentar brindárselo a otro.

La imposibilidad del humano para plantarse frente a sus impulsos e intentar desapegarse de una vida enfermiza no es sino la imprescindible marca de la sociedad actual.

El humano es demasiado terco en sus vanos intentos por contrarrestar su carencia de sentido, pues aún trata, desesperadamente, de encontrar un antídoto en el sexo y el amor; y, a veces, en su delirio, incluso cree tener ambos, sin saber lo lejano que se encuentra de la más mínima expresión afectiva o íntima.

## II

Absolutamente nada en esta realidad trascenderá: he ahí la libertad del sinsentido, la única llave para la puerta de la exégesis y el suicidio sublime.

El humano subyugado y absurdo que abunda actualmente es solo consecuencia de la trastornada tergiversación que las élites han esparcido como verdad. Y que, en su esencia más pura, ha hecho al humano perder la capacidad de divagar entre los mundos ocultos en su interior.

Lo común ha arropado a los humanos hambrientos de un terrenal refugio, los cuáles se han parapetado ante la oscuridad de su sombra sin querer ser libres de su funesto entierro.

Así es como se complace en vivir el humano: extraviado de su origen, envuelto en irremediables prejuicios, adorando lo más fútil y cegándose ante la sublime entidad.

Todo ser, sin importar sus principios y el supuesto amor que pregone en su quimérica realidad, termina alguna vez en su vida, indudablemente, abrazando



los embriagantes y reconfortantes brazos de la infidelidad. Esa es la mejor forma de entender la decadente naturaleza que compone la esencia del humano.

Los humanos son bárbaramente adictos al sexo, pero no con la persona que creen amar; resulta mucho más atractivo sexualmente alguien detestable y a quien se pueda humillar sin límites.

Abandonarse a uno mismo es la única manera en que se puede realmente amar a alguien.

Confiar en otra persona es, sin duda, morir antes de suicidarse.

No hay algo en el humano que, pasando la utópica magia del enamoramiento, le impida ser infiel; serlo es aceptar la esencia humana, admitir y entregarnos a lo que somos en el oscuro mundo interior del que constantemente escapamos.

El infiel no es aquel que engaña a otro, sino el que pretende engañarse a sí mismo para negar la condición más natural que atormenta su espíritu.

Cuando el humano recurre al amor, lo hace más por necesidad y deseo carnal que por un sentimiento puro y sublime.

En su miseria, el humano ignorará las funestas concepciones que lo han moldeado; buscará sentirse superior a su acondicionamiento para creer en la libertad y la justicia que tan lejanas se hallan de su inferioridad mental.

Cualquier cosa es sexualmente posible si se encierra a cualesquiera individuos en un cuarto y se les somete a condiciones determinadas de estrés y sumisión donde se entrelacen los conceptos de placer y suicidio.

Todos somos bisexuales, la diferencia radica en qué tanto de nosotros ha sido influenciado de mejor manera por aquello que es socialmente aceptable.

Conforme el ser se libera de las asquerosas construcciones que le han sido implantadas para soportar la gran falacia que es vivir, comprenderá que no existe mayor placer sexual que la masturbación.

Indudablemente, el peor error del humano es su existencia misma y la nauseabunda desesperación con que busca perpetuarla.

Ninguna persona, en realidad, logra la excitación total con la persona que cree amar, sino con aquella que solo desea, con la que puede evitar caer en un estado de sumisión sexual absoluta.

Toda clase de felicidad humana, tal como es buscada y entendida hoy en día, es absurda.

Mientras más ignorante permanezca el humano, más interesante le parecerá lo irrelevante.

Así era la existencia de los patéticos humanos, todo lo que eran estaba representado por un pedazo de papel sin ningún valor más allá de este miserable mundo perdido en la infinitud del tiempo.

Qué raza tan patética es esta que se esclaviza por lo más absurdo y cuyos sueños han sido predefinidos del mismo modo en que su vida ha sido ya etiquetada por el falso dios y la ignominia de la realidad alterada.

Tristemente, barrunto que existen más probabilidades de encontrar la inmortalidad que de hallar un humano que no sea un completo estúpido; y lo primero me repugna todavía más que lo segundo.

El sentido de la vida no existe para el ser que aspira a la sublimidad, únicamente queda la agonía que podrá conducirlo, tras amargas pernoctaciones, a la liberación del espíritu: el suicidio.

La vida es un mal innecesario y, si todo el mundo se suicidase, entonces finalmente el mundo se convertiría en el cielo, en el reino de los sublimes que, abrazando la muerte, finalmente entendieron el origen y la convergencia del todo.

La esencia humana se ha tornado absurda y trivial, con tantos elementos implantados y preñada de una estupidez y un adoctrinamiento que, desde el nacimiento, son esparcidos como una enfermedad sin cura.

La muerte no es razón para el llanto ni la tristeza, sino para el regocijo. El que alguien muera, dadas las condiciones actuales en que se vive, absolutamente basadas en la estupidez, la banalidad, la decadencia y la vileza, debe ser magnífico.

La existencia de una raza tan miserable como la humana no puede ser sino un tedioso desecho, un milagro insoportable, una tragedia indeseable, una absoluta violación a la cordura y a la dignidad universal.

Realmente, el humano no se percata jamás de su insignificante condición, pues el nefando y superfluo mundo que lo rodea le atribuye cualidades banales que magnifica para llenar su vacío.

¿Qué son los humanos sino borrosas sombras que intentan desesperadamente esclarecerse donde no existe luz alguna? ¿Qué clase de deidad se complacería con tan ominosa creación? Si acaso, a lo mucho, el humano sería un experimento fallido que vaga en la inmensidad del universo esperando su fin, aguardando a que ocurra un suceso extraordinario que lo despoje de su miseria.

No le ha sido concedida a esta raza estúpida la habilidad para conquistar mundos y hacer prosperar la vida, sino todo lo contrario; a la humanidad únicamente le viene de maravilla corromper, pudrir y hundir todo lo que con ella entra en contacto.

Tal como algunos animales mudan de piel, así mudará el humano que se diga sublime: se arrancará la fachada tan pobre y patética en que se le ha envuelto.

A las personas no les basta ser imbéciles por su cuenta, sino que deciden unir sus aciagas vidas y engendrar otro mediocre y miserable ser al cual contaminarán con su inmunda ignorancia.

El humano, en su actual estado de imbecilidad y decadencia, es incapaz de recibir y brindar ese supuesto amor que tanto pregona, pues todo lo convertirá, irremisiblemente, en costumbre, tedio, sexo y, en resumen, en un acondicionamiento como ningún otro.

### III

Las personas no son para las personas, nadie está destinado a conocer a alguien más.

Y así es como el humano logra lo que parecía imposible. Una vez trascendidas las barreras de la muerte, desfragmentado el falso ser que le acondicionaba y le unía con el mundo, nada queda ya por experimentar en una existencia tan absurda e injusta donde la libertad es el mayor de los pecados. El suicidio sublime se presenta entonces como un encanto, un dulce melifluido que solo algunos pueden escuchar y apreciar.

Matarse de este modo significa haber renunciado a la vida tras haber extinguido todas sus posibles formas. La vida no debe ser larga, el tormento no debe continuar, la inopia y la enfermedad humana no deben perpetuarse. La muerte es paz, en ella están contenidos los enigmas del amor y de la gloria, es la edificadora de la justicia y de la rebelión.

Al suicidarse sublimemente, el humano deja su estado mísero y pasa a ser el espíritu mismo cuya liberación le acerca a ser un dios.

El suicidio es indispensable para elevar al ser sublime y recogerlo de este infierno, para saciar su divina curiosidad y embellecer su entelequia.

Triste es el llanto de los corazones marchitos que continúan latiendo por obligación y no por gusto, esos cuyo único sueño es el suicidio sublime.

Sabía que había llegado el momento de consumir esta agonía extrema cuando, al besarte, solo pude avergonzarme de ser yo al que amaste.

En las limitadas y atrofiadas elucubraciones que aún mantienen mi cabeza funcionando, encontré ese pedazo de emociones lúgubres cuya evocación me hizo recordar lo insuficiente de esta querella contra un mundo al que siempre he sido ajeno.

Vivía en un continuo estado de repugnancia y hastío, pues el simple hecho de salir a las calles y verme obligado a mezclarme con aquellos blasfemos humanos laceraba sobremanera cada espacio de mi ser.

Mejores tiempos fueron aquellos en los cuales mi ignorancia sofocaba a la razón y la duda, pues entonces, aunque similar al rebaño, aún poseía una mínima argucia que me acercaba a la supuesta felicidad humana. Sin embargo, después de irresolubles conflictos mentales que me han torturado insanamente, sé que toda mi existencia ha sido solo un cruento y pestilente engaño.

Poco a poco se secó mi corazón y con él este amor. Fue trágico comprender, tras haber derrochado infinitas noches de locura y éxtasis, que no podría capturar algo más que tu inmunda forma corporal. Lo que yo anhelaba de ti era esa magia siniestra que me trastornaba cuando me besabas, y es que en tu mirada vislumbraba el sino de todas mis emancipaciones espirituales. Ahora, por lo visto, nos une únicamente aquel impulso ante el que se contamina la mente.

Tortuosos son los días en este mundo ahído de irrelevantes y adoctrinados humanos. Cuán inverosímil me parece la existencia de tan patéticas criaturas cuya máxima felicidad consiste en el sexo, el dinero y la maravillosa habilidad

de ser más estúpidos a cada momento.

El día en que no soportaba más mirar a las personas fue el mismo en que acepté el encantamiento del suicidio como la mejor manera de sobrevivir.

Relajar el malgastado intelecto tras haber sido forzado a existir en este vano y putrefacto infierno era lo que me restaba. Yo era superior al resto de humanos, ¿por qué debía, entonces, perdonar la banalidad y la estupidez que circulaba por sus venas?

Es bucólico para el humano poseer el increíble don de la reflexión y la creación, por ello he dejado de considerar a esas sombras que me rodean como humanos.

Enamorarse... eso fue lo que susurró la noche cuando desperté sobresaltado y pregunté si existía alguna droga que, por unos momentos, hiciera la existencia menos tediosa y miserable. Entonces supe que, siendo yo un solitario y pésimo amante, colgarme era la manera en que terminaría con esta mentira.

Y es que quizá solo un humano miserable pueda hacer la existencia de otro un tanto más llevadera en el absurdo del cual jamás se libera. Por eso las personas permanecen juntas hasta la muerte pese a la incuantificable cantidad de problemas, porque los engaños más crueles suelen parecer los más perfectos.

Lo que único que no soportaba realmente de mí era el hecho de estar vivo, de sentirme absurdamente forzado a existir en un mundo que detestaba más aún que el acto de respirar.

Nada hay más placentero que masturbarse, ¿o es que acaso no estamos todos solos, al fin y al cabo? Entonces ¿para qué fingir que se requiere de otro ser para aquietar esos impertinentes impulsos sexuales? El ser tiene en sí mismo todo lo que necesita para sobrevivir en este mundo patético, al menos en eso sí se ha acertado. Por lo tanto, es inútil buscar compañía desde cualquier perspectiva, sobre todo en la sexual.

Si alguna vez pensé que esta infame pocilga llamada falsamente civilización no podía estar peor, no sabía cuán insensato e ingenuo era entonces mi moldeado pensamiento; de hecho, aún lo es, solo que ya no espero nada de la civilización, tal vez solo su extinción.

Amor, felicidad y demás términos comúnmente empleados por los humanos... ¿Cuándo se reconocerá la imposibilidad de definirlos en un sentido verdadero y no de mantenerlos en la consciencia como viles implantaciones que la mentira más grandiosa de este mundo ha propagado?

La ineptitud de la humanidad siempre se supera de manera incuantificable, cada vez son más aquellos que viven en la felicidad y el amor, aunque no tengan la más irrisoria idea de la profundidad y auténtico significado de tales términos. Inclusive ¿existirá definición apropiada más allá de la mundanidad con que se les ha ataviado?

Todo tipo de música, literatura, arte, ciencia, sabiduría, conocimiento, percepción y existencia humana han dejado de tener sentido para mí. ¿Qué resta, entonces, que todavía me impide el encantamiento suicida para orlar esta pésima ironía?

Escribir, acaso, me mantenía con vida. Al menos era una oportunidad de expresar todo aquello por lo que infinidad de personas se sentirían ofendidas.



Escribir lo hacía todo más fácil, más tergiversado. Y cuando ya no pude hacerlo, me percaté desde hace cuánto ya estaba más que muerto.

No quería vivir, pero tampoco estaba seguro de querer morir. Ciertamente, mi existencia ya jamás se podría eliminar, ni siquiera con la muerte. ¿Cómo lidiar con tan fúnebre circunstancia? ¿Cómo aceptar la inutilidad de esta vida humana que ahora, creo, es mía? Únicamente hubiese querido nunca haber existido, ¿por qué no tuve la oportunidad de haber elegido? Y, si lo hice, entonces yo mismo me condené al peor de todos los castigos.

Entre las cosas que más me fastidiaban, además de respirar, estaba el hecho de tener que comer. Si tan solo mi energía fuese ilimitada, si no tuviese que verme atado por tan fútiles necesidades humanas. Por eso odiaba mi naturaleza, porque me sentía constituido de la manera en que exactamente jamás me hubiese gustado haber sido.

Estoy harto de salir a las calles y tener ese trágico pensamiento de superioridad, pero es inevitable no tenerlo al percibir la ignorancia, estupidez y miseria de toda la humanidad. ¿Cómo evitar ser superior a ellos cuando hacen precisamente todo lo que les hunde en la banalidad? Por más que lo intentase, imposible me resultaba no saber que yo, pese a mi frágil constitución, sería por siempre ajeno y mejor que esos humanos rebosantes de perdición.

La única manera que se me ocurre para ayudar a alguien a hacer su existencia menos mísera es asesinándole, cualquier otra vía está destinada al irremisible fracaso.

La humanidad, ¡qué gran chiste! Y pensar que alguna vez se consideró que esta raza de humanos dependientes de zarandajas, adoradores del sexo y el

dinero, ahítos de falsas ideologías y perfectamente corruptibles, era la máxima representación de la evolución. Creo que hasta una mosca desempeñaría mejor el papel, pues ambas especies disfrutaban del mismo modo posarse en el más sórdido excremento.

Lo que más me molestaba de dormir era el hecho de saber que, pasadas unas cuantas horas, debía despertar y continuar mi inútil existencia entre la pestilente sociedad donde me hallaba preso. Solo el sueño aliviaba momentáneamente el peso tan enorme que vivir representaba, y es que vivía por obligación, por una absurda errata del azar.

Sabía, empero, que la puerta permanecía siempre abierta, y que intentar hallarle un sentido a esta miseria era absolutamente enloquecedor. Lo mejor era solo soportar hasta que la llave estuviese lista, hasta que el asco de ser humano conquistara el deplorable impulso de permanecer vivo.

No hay, considero, mayor perdedor que el patético soñador quien, por alguna ridícula razón, aún tiene esperanza alguna en la humanidad.

El suicidio era el acto más hermoso que se podía llevar a cabo en vida. Sin embargo, era también demasiado sublime y puro para que seres totalmente envilecidos y con espíritus carcomidos por la desdicha de existir pudieran entenderlo. Para alguien cansado y desesperanzado, suicidarse significaba volver a vivir lejos de este abyecto mundo.

## IV

La fatalidad de existir era lo que no podía evitar por ningún medio; la terrible guerra que, desde el comienzo, sabía perdida. Esa era la mayor contradicción: tener que existir sin haberlo deseado; saber que, más allá de la muerte, tal vez no había ya nada, pero acumular todas las esperanzas en tal estado.

Cuán irrelevante y tedioso debía ser vivir para que se anhelara el abrazo del suicidio alado...

Cada vez que mantenía relaciones íntimas se iba perdiendo el deseo sexual. Entonces llegó el punto en el cual fornicar también se había convertido en mero compromiso, en una obligación que debía realizarse solo por impulso. Y así, tener sexo pasó a ser tan absurdo y ridículo como comer, respirar, bailar, leer y, en fin, existir.

Qué desabrido es estar atrapado en un mundo donde nada me parece adecuado y razonable. Mil veces hubiera preferido permanecer en la inexistencia antes que experimentar este sinsentido.

Algo que jamás entenderé es por qué las personas añoran tanto vivir, aun sabiendo lo inútil y trivial de sus vidas. Podría ser que esté en la naturaleza de la mayoría prolongar y perpetuar tanto como se pueda el mayor error alguna vez imaginado. Verdaderamente, los habitantes de este mundo se han vencido a sí mismos, han conseguido ignorar cualquier sensatez y reflexión, se han convertido en títeres de un falso y repugnante destino.

Me entristece presenciar la horripilante velocidad con que los humanos añoran reproducirse. ¿Para qué traer más humanos a este despreciable y nefando plano terrenal? ¿No es suficiente con experimentar lo miserable que es existir como para pensar en perpetuar la ignominia de verse encapsulado y subyugado por infinidad de falacias? ¿Para qué ocasionarle a otro ser la

infamia de pertenecer a la raza humana?

Diariamente se repiten los mismos acontecimientos en este putrefacto escenario humano: violaciones, asesinatos, guerras, pobreza, hambre, etc. Este mundo está plenamente batido de la más asquerosa suciedad, y no se purificará hasta que aquellos imbéciles y patéticos humanos que lo habitan desaparezcan sin dejar huella.

A esa persona especial con quien pudiese haber compartido los momentos menos banales en mi superflua estancia en este vil mundo solo me restaría decirle: juntos hicimos nuestra existencia menos aburrida, nuestra vida menos tortuosa y, sobre todo, nuestra muerte más hermosa.

Lo que quisiera arrebatarme a lo que se conoce humanamente como tiempo, es esa incomparable habilidad para avanzar sin requerir de una razón.

Entonces, antes de llevar a cabo el acto más sublime, solo pensaba que, después de todo, me sentía muerto desde hace mucho tiempo, aunque supuestamente aún vivía... Por lo tanto, tomar la navaja y rasgar mis muñecas no pudo serme sino netamente indiferente.

No sabía si las concepciones e ideologías que el humano se había inventado tan desesperadamente para justificar que su existencia tenía algún sentido me ocasionaban risa o lástima. No obstante, en todo caso, nadie había sido tan sabio aún para promover, sin ningún temor, el suicidio masivo.

Cuando realmente se ama a alguien, lo mejor que puede hacerse por él es colaborar con su muerte. Dicho acto no tiene comparación alguna en la absurda y lamentable percepción que el humano ha concebido acerca de lo que

es amar.

Existir es lo más horrible y miserable que podría haberme pasado. Y, por ello, mi agonía no ha cesado y mi mente prosigue de un modo insano. No sé qué sea la felicidad, solo estoy seguro de que lo más cercano a ella debe ser, para cualquier ser tan hastiado como yo, el deseo de abandonar este cuerpo y de no volver a ser nunca humano.

Como sea, me era indiferente el hecho de existir, pero lo mejor, según filosofaba, era que culminase cuanto antes. Ningún motivo había en aferrarse a permanecer en un mundo al cual detestaba y cuyos habitantes me producían náuseas con tan solo mirarlos. Es más, recuerdo que vomitaba cada noche mientras me observaba en el espejo. El modo en que la belleza me envolverá llegará cuando el suicidio abra la puerta y realice, al fin, mi majestuosa huida.

Quiero morir, el sentido que encuentro en esta vida es matarme. Existir ha sido lo más inútil, miserable, vil y absurdo que me ha podido pasar. Olvidarme de todo lo que he sido será más que liberador, será la vida que jamás he conocido.

La gran verdad es que todo este mundo es una mentira y que la existencia no tiene ningún sentido, que la humanidad no es, desde ninguna perspectiva, privilegiada ni concebida por deidad alguna, solo un error que jamás debió haber ocurrido. Y yo, con esta soga atada al cuello, colaboraré un poco en la resolución de tal desatino.

Solamente una vez conocí el amor verdadero, y fue lo más delirante y apasionante que me pudo haber ocurrido... aún recuerdo aquella pésima y deprimente noche en que intenté mi primer suicidio; luego de ese, todos han sido un fracaso bajo el cual me cobijo y me mantengo indiferente de la vida y la muerte.

El mayor pecado que comete el humano es reproducirse, prolongar las putrefactas semillas de una especie tan carente de sentido y tan limitada en todo aspecto. Si dios realmente existe, o el diablo, sea de cualquier religión inútil, le pido un solo milagro: retirar a la humanidad el estúpido acto de tener hijos.

No conozco anhelo más puro, sensato y hermoso que el de querer suicidarse; ese debe ser el himno de la sublimidad, el sendero por el cual caminan los verdaderos espíritus. Cualquier otro anhelo está impregnado de asquerosa mundanidad y pertenece, obviamente, al resto del mundo, al rebaño que existe miserablemente y ensucia la voluntad del suicida divino.

Querer matarse no es ninguna locura; de hecho, es lo más razonable cuando se comprende la inutilidad y la ridiculez que significa existir en este mundo impío, cuando se discierne lo patético y banal de pertenecer a la raza humana con su ostentosa carencia de sentido.

Hoy la indiferencia llegó al límite, absorbió incluso lo más íntimo de mi espíritu. Al regresar a mi triste y sucia habitación tuve de pronto la sensación de querer llorar y gritar, de sentirme libre por primera vez en mi vida, de ser yo mismo en el ocaso de mi existencia.

Entendí que había llegado el momento, así que pensé en todo lo que me había hecho humanamente feliz y sonreí, atravesé la puerta y me dirigí como un loco hacia mi destino, el único que ahora podía pertenecerme, la única libertad de la cual nadie podía privarme: la decisión de ahogarme en el manantial del suicidio.

Soy suicida porque es el único estado del ser en donde he podido,

irónicamente, tener ciertas nociones de lo que significa estar vivo. Cualquier otro carece de sentido y no es sino el espejismo de lo que esta infecta realidad ha impregnado en mi mundana consciencia, ese engaño ante el cual me siento tan desprotegido.

Y cuando finalmente ya no anhelé nada de este mundo, cuando ya no esperé nada de la humanidad, vino lo más hermoso y divino, la verdadera libertad y la última espiritualidad, el crepúsculo donde recaía mi agobiaba juventud, la silueta que me mostraría quién era yo en realidad, el éxtasis del juicio sombrío en el infierno divino; sí, fue entonces cuando ocurrió, en la tormenta de mi asqueada existencia, el final sublime: el suicidio y su glorifica piedad.

Lo que aquel muchacho hastiado de existir ocultaba bajo el sombrío brillo de su mirada era aquello que ningún otro ser podría jamás saborear, lo que no podría pertenecer a una humanidad viciada y hambrienta de materialismo, sexo, dinero y cualquier otra bagatela sin sentido. Lo único que consolaba a aquel poeta de dudosa procedencia era la verdad, la pureza que rodea a aquel cuyo único deseo es suicidarse para despertar.

Yo era libre de suicidarme cuando quisiera; esa era, al menos, la idea mediante la cual olvidaba lo miserable que era vivir.

Ella no podía evitar que me suicidara, pero, inesperadamente, hacía mi existencia menos aburrida, mi miseria más soportable y mi soledad menos atractiva.

Lo que deseaba esa noche antes de suicidarme era solo un beso, de quien fuera, hombre o mujer, real o ilusorio, vivo o muerto... ya todo daba igual.

Pensaba que, tarde o temprano, todos aquellos a quienes pudiera apreciar estarían enterrados, y que yo, sin ellos, seguiría mi absurda vida. Entonces me sentí aliviado, porque, después de todo, mi soledad seguía siendo más consoladora y hermosa que cualquier compañía humana. En fin, ante la muerte de quien fuera todo seguiría igual, nada habría cambiado hasta que llegara mi turno.

No me zahería que mi esencia fuese tan contradictoria, que no encontrase reposo para la dualidad que imperaba en mi ser; lo que verdaderamente me frustraba era saber que todas esas cavilaciones humanas no tendrían más sentido de lo que denotaban en mi existencia mundana.

Ayer te vi después de tanto tiempo, y supe que, aunque te había amado, ahora solo amaba el ensueño eterno de la muerte.

No sé qué es lo que podría sentir por ti, pero, quizá, sea la más encomiástica verdad en este pantano inmundo de falacias que se extiende sin cesar.

La mayor dicha que he descubierto en este mundo es la capacidad de no hacer nada en lo absoluto, en ningún ámbito; no relacionarse con nadie ni anhelar lo más mínimo. Esa es, según creo, la más colindante esfera de lo que se interpreta como felicidad.

## V

Estaba seguro de que, al suicidarme, no tendría nada que perder, solo el



despampanante malestar de continuar viviendo en un mundo cuyas razones nunca comprendí, y en cuya infamia, triste y nauseabundantemente, me perdí.

Eso era lo que hacía cada tarde libre de la que disponía en este mundo absurdo... recostarme, poner mi mente casi en blanco y pensar en la inutilidad de mi existencia.

Antes toleraba la música, el arte y la literatura, aunque fuesen tan absurdamente humanas; ahora ya ni siquiera tolero estar en este cuerpo.

En un mundo como este donde imperan la banalidad y la estupidez, es demasiado peligroso querer suicidarse para sentirse mínimamente más puro; por eso al humano se le implanta, desde el principio de su miserable estancia, el deplorable empecinamiento por vivir y preservar una especie tan insulsa como ignorante.

Mantener relaciones sexuales y cobrar la quincena era todo lo que ocasionaba aquellos brotes de supuesta felicidad en los abundantes humanos cuyas mentes adoctrinadas no percibían ni a causa de un milagro la miseria en que se regocijaban.

Acongojado y desesperanzado, el extraño muchacho se arrinconaba en la pocilga que voluntariamente había elegido para soportar lo miserable que era vivir. Comía poco y dormía menos, evitaba todo contacto con las personas por considerarlas irrelevantes e imbéciles, había terminado toda relación afectiva y familiar, se había desecho de cualquier posesión material y, en fin, apenas y se podía decir que sobrevivía.

Todo lo había planeado así: si se veía forzado a continuar viviendo en un

mundo que aborrecía con todo su ser, al menos se acercaría lo más que se pudiese a ese estado donde le debía ser indiferente la vida o la muerte.

El hecho de existir en este mundo fuese real o no, ya representaba, por sí mismo, la peor desgracia que se pudiese concebir. Y, peor aún, sabiendo que era desgraciadamente un vil y patético humano, tan similar al rebaño como infeliz y aturdido en mi mente.

Ya ni siquiera me interesaba el hecho de que no me causara algún tipo de excitación el fornicar con una mujer nocturna de preciosos cabellos y de tacones elevados. Antes, ciertamente, las había adorado y había recurrido a ellas para olvidar lo trivial de mi existencia, para purgar de mí esa parte tan humana que me dominaba con pasión.

Sin embargo, al reflexionar, discerní que, tras penetrar a una prostituta, me quedaba en un estado tal que seguir respirando carecía de sentido, y entonces me hundía más y más en el agónico vacío del suicidio.

El mejor poema que he conocido es ese donde ambos se suicidaron tras haber hecho el amor.

Me deshice de absolutamente todo, únicamente me quedé con lo más indispensable para sobrevivir en esta cárcel de argucias infinitas que era la sociedad. Detestaba mirar todas esas absurdas posesiones materiales y saber que, realmente, todo había sido decidido de antemano.

Sí, mis padres y el sistema me habían contaminado desde muy temprano, habían realizado la hazaña de rebajarme a ser un títere más. Quizá no podía renacer y verme purificado en mente y alma, pero exteriormente sí podía

liberarme de toda esa farsa.

Cuán inmunda es la naturaleza humana que su única búsqueda consiste en un temporal y aciago poder en este putrefacto mundo.

Al humano le fascinaba envilecerse, era el estado que naturalmente le complacía mejor. Ser ignorante y banal parecía satisfacer los corrompidos corazones y engrandecer su ignominia. Vivir así era decadente, ser humano significaba la muerte. ¿Qué sentido tenía que este mundo prosiguiera? ¿Acaso el punto era descifrar el fondo del abismo en donde se podía hundir, casi infinitamente, el humano arropado de toda su vileza y su miseria?

Cualquier cosa era preferible antes que relacionarse con la humanidad, si tan solo fuese posible la inexistencia, la divinidad que el suicidio me anuncia cuando ya no puedo más.

Te quiero, al menos considero que podría matarte si me lo pidieras, y eso, en efecto, solo puede hacerlo quien ama de verdad.

No me interesa la humanidad, pues sé que soy superior a ella. Me importa saber hasta qué punto puedo superarme; vislumbrar si, inclusive, puedo abandonar mi humanidad y evolucionar como ningún otro ser lo ha hecho.

No se trataba de ser parte de este infecto mundo, tan solo de olvidarse que se estaba en él para resistir un día más en este repugnante estercolero de banalidad sempiterna.

Después de todo, intentaba convencerme de que la existencia de la humanidad

y de este plano insulso y sórdido tenía algún sentido. A veces, me parecía que el proceso debía ser lento, que este caos era una faceta de un orden superior incomprensible y contradictorio para mi mundana razón.

Luego, salía a las calles y miraba personas cuyas metas eran un automóvil lujoso, una mansión de muchos pisos, viajes a lugares elegantes, buenos puestos en las empresas, y en general, cualquier cosa absurda relacionada con sexo, dinero y entretenimiento. Entonces se desbordaba el pensamiento con el cual justificaba la existencia de esta universal blasfemia.

Al borde del colapso, de pie mirando la inmensa distancia que me separaba de caer... y sabiendo los escasos segundos a los que quedaba reducida toda mi vida. Era ahora o nunca, la puerta debía ser cruzada, debía suicidarme para encontrarme con mi verdadera alma.

Me embriagaba para olvidar por unas horas cuán intrascendente era continuar viviendo, para aniquilar los demonios que pululaban buscando apoderarse de mi interior, para apartar de mi visión las alucinantes deformidades que en soledad había creído más reales que mi agonía.

Me gustaban esas noches de ebriedad, así el aburrimiento de existir era más tolerable; la tormenta disminuía considerablemente y yo me escurría por los obsequiosos recovecos de la muerte.

Dormir tarde y despertar temprano, y a pesar de ello, sentirme cada día menos en este mundo de locuras y desaciertos.

Quería probar el sabor de tu boca, porque pretendía, por un escueto periodo, saber cómo sería si realmente ese beso fuese solo mío, al menos un poco más

sincero.

Por eso me trastornaban las prostitutas, porque eran endiabladamente hermosas. Y, sobre todo, me excitaba más y más el saber que habían estado con tantos hombres en tan poco tiempo. De hecho, mientras más fueran folladas, mayor era la corrida.

Quien mata a alguien no debería de ser considerado un criminal, sino una especie de mesías.

Qué más me daba ser vil o virtuoso, moriría igualmente hoy, mañana o cuando fuese. Cualquier cosa me era ya indiferente, tan solo vivía añorando otear la sublime esencia de la muerte.

Y cuando al fin comencé a perder el conocimiento, sumergido en las aguas del suicidio, supe, por el instante más ínfimo, que había sido, en los últimos suspiros de mi vida, feliz en el eterno delirio.

Ser suicida es tan solo otra definición de ese estado donde la indiferencia absoluta impregna cada espacio del espíritu; es, definitivamente, estar muerto en vida.

Me gustaría tenerte solo hoy... pero no es posible. Quizá no lo sepas, pero al llegar la noche pondré fin a esta tragicómica pantomima. Cuánto disfrutaría hacerte el amor por última vez, y que fingieras que al menos te importo un poco, que esta noche fuésemos superiores al resto de la humanidad y que, al amanecer, mientras tú regresas a sus brazos, yo partiré de esta desgracia y solo el revolver quedará de tu alma manchado.

No te pido que te quedes conmigo toda la vida, puesto que ni siquiera me interesa continuar viviendo... Únicamente ven hoy, ahora, solo esta noche has que mi existencia sea menos miserable del único modo humanamente concebible... Sé que esto es todo lo que somos, tú y yo, la humanidad y cualquier dios. Fue divertido haberte conocido, amado y odiado. Sonreiré al recordar tu último orgasmo mientras la cuerda oprime mi cuello.

## VI

En fin, parece que hasta aquí llega la treta de existir. Estoy tan cansado de soportar la blasfemia de ser humano, de estar preso en este mundo superfluo y malsano. El suicidio me ha encantado, y yo debería apreciar la molestia que se ha tomado en haberme seducido a tal grado.

Solo tu boca, aunque ajena, podía hacerme retroceder en el momento culminante antes de dejarme caer en el vacío de los sueños desfragmentados.

Me llevaré un hermoso recuerdo tuyo, el de tus ojos lapislázuili reflejando el absurdo de mi existencia y la imposible continuación de un amor destinado a la agonía. Creo que eso me bastará para completar el ritual suicida tan indispensable para hacer mi humanidad, de una vez por todas, a un lado.

Lo que necesitaban las personas para sentirse felices en una realidad tan banal y pestilente como esta era vencerse a sí mismos, lo cual implicaba una absoluta renuncia a la individualidad, la espiritualidad y todo aquello inmanente al ser. En cambio, la mentira, la hipocresía y la identificación con el rebaño eran conductas altamente deseables e indispensables para la felicidad

moderna en el mundo más miserable alguna vez imaginado y que, en su estupidez y trivialidad, creía ser el resultado definitivo de la evolución.

Nada tenía que hacer aquel poeta de mirada perdida en una humanidad corrompida por los vicios, el sexo, el materialismo y, sobre todo, el dinero. Pobre desdichado que pasaba los días melancólico y poético, anhelando la muerte para escapar de esta pesadilla absoluta.

Ser ignorante y mundano resultaba imprescindible si se quería ser feliz en el mundo humano. Luchar por bagatelas y seguir los ideales impuestos por otros también formaba parte del moldeamiento; sin embargo, la verdadera razón por la cual la felicidad era humanamente asequible se hallaba en la condición natural de los humanos: ser miserable.

Era peligroso ampliar la percepción más allá de los límites establecidos, pues entonces se podía terminar detestando todo lo que era el mundo, el humano y uno mismo.

Decidí no hablar más con las personas cuando comprendí que ser estúpido y patético era lo que las mantenía vivas, aquello de lo cual extraían la voluntad suficiente para existir sin sentido, para imaginar que sus actos y deseos tendrían significado alguno en este infierno regido por el dinero y el suicidio.

¿Quién o qué realmente soy yo más allá de este cuerpo inmundo infestado de humanidad? Quizá solo la muerte podría mostrarme una respuesta lo más cercana posible a la verdad.

Los humanos suelen creer que su existencia está justificada, que toda esta blasfemia que nos rodea debe tener un motivo para ser y que, por ello, deben

continuar reproduciéndose y enfermando la naturaleza con su deplorable y malsana esencia; ciertamente, nunca hubiese pensado que la estupidez de la humanidad podía alcanzar tan insospechados niveles.

No hay peor castigo, a mi parecer, que el hecho de existir sin saber por qué.

¿De qué servía luchar por algo en esta vida mundana sabiendo de la inutilidad de cualquier intento por dilucidar la verdad? Lo mejor era permanecer el mayor tiempo posible bajo el influjo del sueño y, cuando definitivamente llegara el día en que no se soportase más este castigo infame que era vivir, recurrir al regalo divino obsequiado por el suicidio.

La existencia de este mundo ha estado condenada desde un principio, tan solo el tiempo nos ha concedido la mayor mentira en este sinsentido: creer que trascenderemos más allá de este plano nefando.

No creo en ninguna especie de dios tal como se describe comúnmente por aquellos humanos cegados por una falsa, de quien se dice que creo todo cuanto observo; un error de tal magnitud solo podría ser obra de un tonto.

¿Quién cree aún en la humanidad? Únicamente esos a quienes las mentiras han obnubilado la razón hasta el punto de hacerles sentirse felices y cómodos en su inmunda miseria.

Si algo detesto de la existencia es el hecho de tener una. Hubiese preferido ser parte de la nada o lo más parecido a ello, pues habiendo comprendido lo absurdo de mi condición humana, considero que la nada hubiese sido infinitamente más útil y reconfortante.



La humanidad era tan miserable, insignificante y absurda que nacer para formar parte de ella debe ser una maldición.

La posible e imaginaria felicidad que mis padres experimentaron con mi nacimiento fue el comienzo de la tragedia que marcaría mi patética existencia, misma que ahora me propongo finalizar con este sublime suicidio.

Cualquier cosa que tenga algo que ver con la ignominia humana me repugna, sobre todo el hecho de existir perteneciendo a ella. Por eso, no me queda otra opción más que vomitar cuanto me ha sido enseñado para vivir hasta quedar vacío, hasta sentir el magnífico y catártico beso de la muerte.

Descubrir quién soy en realidad me ha destruido tanto que considero mucho más real la fragancia de la muerte que cualquier absurda forma de vida en este mundo tragicómico.

Basta intentar vislumbrar una esencia superior a la nuestra para reconocer cuán limitado e inútil es el pensamiento humano, tan moldeado y enfocado para apreciar lo más insignificante y sentirse feliz con lo más sórdido y miserable en este triste mundo: sexo y dinero.

En la búsqueda de la verdad en esta vida absurda, o lo que se le pareciese más, encontré infinitas argucias tan bien confeccionadas que constantemente cedía ante su supuesta magnificencia. Así, cansado y harto de buscar y de ser yo, tuve una última cavilación: solo la muerte esconde los más vagos indicios para comenzar una verdadera búsqueda.

Si alguien tiene hijos, lo mejor que puede hacer es matarlos y luego suicidarse. Solo así podría purificarse de la estupidez y la infamia cometida con tan

insensata conducta.

La existencia de toda la humanidad es miserable y absurda por igual; realmente nadie es nunca diferente, son solo percepciones alteradas por el desencanto de la trivialidad lo que nos hace creer que alguien puede ser superior y sublime.

Soy solo un humano que detesta su existencia y cuyo máximo sueño es una quimera: nunca haber sido yo. Eso, indudablemente, no me hace distinto al rebaño que se agita entre la infamia más deplorable y las creencias más pestilentes.

Me siento aislado del mundo. Cuando raramente abandono mi soledad y salgo a las calles, me resulta inevitable no prestar atención a las conversaciones y actitudes del rebaño.

Los miro y parecen vivir sin cuestionarse nada, tan estúpida y banalmente transcurren sus patéticos días, intentando hacerse de bienes materiales y luchando por dinero, teniendo hijos de la manera más vil e inculcándoles la misma basura que a ellos los tiene muertos en vida. Entonces los analizo y sé que morirán en el mismo absurdo en que han nacido y crecido, que su existencia debe ser alguna especie de trágico suicidio.

De alguna manera, ya no puedo ser como ellos. Quizás al fin terminé de enloquecer, o por primera vez me percaté de que estoy más muerto que aquellos humanos quienes fingen vivir.

Las personas intentan ser diferentes para llamar la atención, se entregan a las más deplorables prácticas con tal de sentirse únicas. Sin embargo, cuando te

das cuenta de que verdaderamente lo eres, deja de ser divertido y empieza lo deprimente. Porque sabes que toda la humanidad está engañada, pero así es como se consigue la felicidad en este mundo de fantasmas errantes. Además, esa misma capacidad para engañarte antes funcionaba, pero ya no más. Y, aunque intentes ser como ellos, es imposible volver.

Por eso es peligroso desprenderse de todo lo inculcado, porque únicamente restan los senderos de la locura o el suicidio en tan siniestras condiciones.

Cuando llegué al límite en despreciar a la humanidad y comprender que este mundo era una estupidez, comprendí asimismo que no había ninguna razón para vivir, que no restaba ninguna otra cosa por emprender sino hallar la manera más adecuada para morir.

El poeta de dudosa procedencia, quien parecía solo habitar en la locura de mi mente, me dijo ayer que no había realmente razón alguna para vivir, puesto que la vida era solo una deslumbrante y pintoresca mentira que los humanos habían decidido creer para aliviar temporalmente su miseria.

En este mundo de nada sirve ser virtuoso; la única forma de sobrevivir es siendo mucho peor que los más viles humanos quienes controlan todo a nuestro alrededor.

## VII

Tal vez por eso es soportable vivir, al menos por un tiempo, porque, al fin y al

cabo, siempre queda la muerte como consuelo.

Lo que me parece paradójico es el hecho de que en cuanto me he percatado que la existencia no tenía ningún sentido, no me haya suicidado de inmediato. Al parecer, aún si todo es absurdo, aún intento luchar por encontrar el sol entre este arrebol de sufrimiento sempiterno.

Cada día mi pesimismo y mi depresión se encarnizan más cruelmente contra mi mente. Entiendo a la perfección que la puerta permanece siempre abierta, pero me mantengo en esta vida para contemplar hasta dónde puedo soportar esta inútil y triste contienda.

Ahora creo tener cierta certeza misteriosa de por qué los humanos no se suicidan. Quizá sea porque siempre es mejor vivir, aunque sea miserablemente... al menos así es como ha continuado esta ignominiosa y absurda pesadilla a la que estúpidamente llamamos vida.

Aquel reflejo en el espejo que veía solo en muy contadas ocasiones dejó de parecerme tan espeluznante cuando me percaté de que era solo un muerto que creía estar vivo.

Alguna vez creí ser feliz, eso es lo que debo agradecerte antes de dejarte ir para siempre. La navaja espera mi regreso, y hoy he decidido que ya nada me detendría, que este mundo me sería para siempre ya indiferente y que, en el ocaso de esta triste y absurda existencia que he soportado todos estos años, sonreiré al recordar tu mirada magnificente cuando finalmente me entregue a la muerte.

Es tarde ya, antes de medianoche sabré si valió o no la pena haberte conocido,

si podré estar feliz de haber vivido sin sentido.

Eras lo único que me mantenía vivo, pero jamás noté que mi compañía tu alma extinguía.

He pensado que suicidarme no arreglaría nada, pero vivir tampoco me parece la solución.

Quisiera poder luchar, tener esa voluntad de seguir viviendo. Pero es imposible ya, la muerte es mucho más atractiva y embriagante que permanecer en un mundo sin remedio, que ser una sombra aparentando existir en este lúgubre misterio.

Qué fastidio tener que continuar una vida que jamás solicité, sobre todo rodeado de humanos cuyos vicios sobrepasan cualquier delirio blasfemo.

Aquellas tardes silenciosas en mi triste habitación, tirado en el colchón y anhelando el suicidio... eran al mismo tiempo las más deliciosas oportunidades para recalcar la inutilidad de mi existencia y la trivialidad de mi humanidad.

El acontecimiento más importante de mi vida fue cuando intenté suicidarme siendo un niño aún, pues desde entonces nada interesante me ha ocurrido. El valor de abrazar la verdad se ha extinguido conforme he crecido, pero espero algún día reencontrarme con mi destino.

Después de haber intentado desprenderme de todo deseo humano, solamente me quedó uno, el cual no podía hacer desaparecer sin sentirme intranquilo: el

del suicidio.

Desear a una persona por encima de aquella a quien se ama no es pecado; el verdadero pecado es no aceptarlo.

Mi mayor motivación en la vida ha sido la idea de matarme, gracias a eso he conseguido purificarme de toda la miseria que infecta la existencia de esta raza miserable.

Tener sexo es el único motivo, además del suicidio, que encuentro para no ser yo.

Buscando un sentido a la existencia encontré la sustancia que sollozaba por un momento de libertad dentro de mi alma.

¿Qué sería más importante: amar o fornicar? Qué contradictorio que no se pueda alcanzar la plenitud en estos dos actos con la misma persona.

La monogamia es solo una quimera de mentes frágiles y conservadoras quienes se niegan a aceptar su verdadera naturaleza: la infidelidad.

Casarse es consagrar una de las mayores tonterías en las que se pueda absurdamente creer, nada menos sensato y mundano que formalizar todos los errores y desvaríos.

Cuando uno se casa es imprescindible haber aceptado, de antemano, el tamaño de los cuernos, así como su futura y eterna maldición.

No conozco mayores absurdos que casarse, tener hijos, creer en un dios, mirar televisión, anhelar dinero, materialismo, sexo y, sobre todo, vivir.

Pero qué ridículo fue haber pensado que la bestia dentro de mí había cesado y que la había dominado. Ahora comprendo por qué mi corazón se sacudía de dolor ante las explosiones suicidas de amor y suciedad.

Quizá sea un milagro que las personas sean estúpidas, pues, de otra manera, la humanidad nunca hubiera existido.

Cuando al fin ya no te reconoces a ti mismo entiendes que comenzará el verdadero martirio.

Después de que la sangre fue vertida vinieron las enseñanzas a reclamarme tan efímera elucubración.

Desearle a alguien bienestar es añorar la prolongación de un sinsentido blasfemo; mejor sería desearle, de la manera más inmediata y acertada posible, el suicidio.

No sé qué sería mejor: dejar que la humanidad prosiga con su miserable y nauseabunda existencia, o exterminarla para hacerle un cumplido a la decencia.

El humano es la criatura que puede engañarse del modo más magnífico posible en cualquier aspecto, por eso es incapaz de conocerse a sí mismo y de aceptar su sinsentido.

Cada noche que decidimos no matarnos nos parece como si nunca hubiésemos vivido.

Me costaba tanto hacer a un lado la navaja, pero terminé por acostumbrarme a la vida y por disolver mi muerte en este glorifico absurdo.

Esa cosa que habitaba en mi interior solo quería amor, pero yo la alimentaba con sentimientos de destrucción y tristeza, porque sabía que eso le haría mejor que la cruel y vil mentira que pedía con tanta fiereza.

## VIII

Bastaron unos cuantos segundos para abandonar este mundo, para averiguar cómo lucía mi alma después de todos esos traumas y coloquios con el demonio que engulló mis deseos de ser menos absurdo.

Su llanto ya no me conmovía, pues había aceptado morir después de haberle hecho el amor por última vez en esta entelequia. No pude, sin embargo, dejar de mirar esa vagina por donde se escurría el resto de mi vida.

La verdad es que ya no me siento como si fuera yo, considero que me he abandonado a mí mismo, que aquel ángel de la muerte transformó en amor y agonía cada una de las mentiras. Eso quería ayudarme, pero yo solamente necesitaba de la soledad para enamorarme; yo quería olvidarme de ser mi propio amante.



Ella decía amarme, pero necesitaba a un hombre de verdad para ser sexualmente satisfecha. Y yo, tan moribundo y triste, no podía decirle que me enfermaba no poder ser el instrumento de sus orgasmos y de los alucinantes matices con que él la desviste.

Esto era decadente, pero tener sexo era mejor que fingir amar, era el remedio perfecto para suicidar el alma infeliz de aquel poeta en cuyo llanto se ahogó el colibrí al que escogiste.

Aunque la amaba, era inútil cualquier intento por estar a su lado. Yo no podía complacerla, ella necesitaba a alguien un poco más humano. Ella solo deseaba sentirse real en esta paradoja en la cual he muerto desde su último llamado.

La virilidad de aquellas imágenes trastornaba mi demencia. Eran tan opuestas a lo que creía ser, al pequeño fuego que se negaba a arrasarse con los escombros de un amor perfectamente acabado. Cuando penetraron en mi mente, no supe si intentar verte o llorar, gritar y suplicar por ser yo el dueño de tu vientre.

Recuerdo cuando todo era bonito, cuando todavía no pensábamos en rozar nuestros cuerpos para sentirnos completos, cuando creíamos amarnos sin necesidad de hacer sangrar las almas de los secretos.

Cuando desapareciste, me olvidé por completo de vivir y de morir. Me encontré en un estado tal que ni siquiera soportaba ser yo un solo momento.

Las cosas nunca cambian, solo es el extraño reflejo de nuestra tristeza lo que nos muestra destellos de realidad o de demencia.

No quería sentirme tan solo, pero odiaba la compañía de mi especie. Cuando la criatura dejó caer su semen en mi mente, me alegré de haber permanecido virgen y de encontrarme con el dios de la muerte.

En el fondo, ser yo no significaba nada, solo otra de las infinitas percepciones de la verdad que conducían, una y otra vez, al mismo destino: la muerte.

Aquí estás de nuevo, solo y suplicando por un poco de tiempo para ser amado, ¿no es así? Me enferma saber que no has creído en las mentiras del mundo, pues tu dolor me persigue hasta el sitio donde la luz y el abismo son uno solo.

Muéstrame una sola cosa que sea valiosa y sagrada en la existencia, y que no se parezca a eso que absurdamente se llama amor en este mundo de sangre cuajada y corazones putrefactos.

Amarme a mí mismo, esa fue la búsqueda más complicada en mi vida, pero culminó la noche en que comprendía la verdad de mi reducida percepción. Por la mañana, creo que la mujer que amaba también decidió escuchar los gritos del demente suicida.

¿Quién puede amar a un humano y no detestarlo al mismo tiempo? ¿Quién puede vivir y no soñar con el suicidio a cada momento? Yo no puedo, tal vez los habitantes de este mundo terminen por abrazar el miembro de la bestia a la cual no recuerdo.

Cuando volvía en la madrugada, ya ni siquiera le preguntaba dónde y con quién había estado. Había decidido amarla, cuidarla y protegerla a pesar de todo. Yo comprendía que ella necesitaba a un hombre de verdad, alguien que la hiciera sentir sexualmente especial y carnalmente deseada, única cosa que

yo, en mi impotente condición, no le proporcionaba. Pero podía al menos abrazarla y consolarla, intentar amarla, aunque se acostara con otros hombres; podía, todavía, sentir que su alma no había dejado de amar a la mía.

Un humano siempre añora embarazar a la mujer que no ama, a la que repudia con todo su ser; asimismo, es incapaz de aceptar que aquella a quien ama no le lleva al éxtasis del placer.

El amor verdadero jamás compagina con el desenfreno sexual, se debe decidir entre ser feliz o ser sincero.

La infidelidad es la condición natural del humano en su estado más puro, en su psique más propia y en su placer más interno.

Todos aceptamos haber sido alguna vez partícipes de una conspiración para engañar a los sentidos y no recurrir al suicidio, pero ¿quién ha consolado el lamento de la criatura que domina su interior y carcome su espíritu entero?

Si el amor fuese lo más horrible de este mundo, aun así, los humanos buscarían experimentarlo, poseerlo y exprimirlo, pues eso les haría sentir un tanto menos muertos.

Parece ser que esta vez el vacío no aceptara los soliloquios de un loco suicida que ama la muerte de la vida.

No todos entienden a tiempo que suicidarse es lo más encantador y mondo de esta existencia, por eso viven hasta perder la paciencia.

Para poder vivir, la única cosa verdaderamente indispensable es engañarse con cualquier cosa, y, casi siempre, con lo más miserable.

Sí, la clave para hacer de esta inútil vida algo más tolerable era engañarse con lo que fuera: religión, ciencia, personas, lugares, teorías, creencias y, en fin, con cualquier bagatela que pudiera hacerme olvidar por un momento lo miserable que era mi yo.

Las personas que quieren vivir son generalmente aburridas y comunes; la auténtica magia está en aquellos escasos seres que sueñan con la muerte.

No quisiera saber otra cosa de ti además de tu fin, eso es lo único que me haría momentáneamente feliz.

Cuando quiero olvidarme del mundo, duermo; cuando quiero olvidarme de mí y mi nauseabunda humanidad, siempre invoco a la muerte para que me recuerde la única belleza de esta existencia.

Pareciera ser que ninguno de ellos lo percibe. Los entiendo, porque en algún instante fui como todos ellos, un ser banal y hambriento de dinero y materialismo, alguien con deseos absurdos de vivir. Ahora, por desgracia, ya nada puede hacerse para volver. Una vez que la amargura y el pesimismo de la existencia han alcanzado el más sublime espíritu, la idea de que esta existencia carece de sentido se hace imperante.

Entonces vivir se torna en una agonía imposible de soportar, cuanto más tanto que ya no es mínimamente concebible volver a engañarse y ser estúpido como ellos, como el resto del mundo, como la humanidad entera...

Sé que no lo entiendes, pero eres la única persona que, alguna vez, me ha interesado, y eso ya es mucho considerando que nada me importa, nada más que la muerte.

La insania de mi mente poseía todas las cualidades asombrosas que un evidente suicida intentaría obsequiar a la muerte.

## IX

Es una lástima que las personas más brillantes y magnificentes terminen suicidándose, y que, en este mundo blasfemo, solo habiten seres banales y decadentes.

Esta noche he decidido poner fin a esta tragicómica novela, será el momento de acabar con esta trastornada realidad, de ahogar en sangre todo este malestar y de sonreír cuando me olvide de mí mismo por la eternidad.

Y pasa que casi nunca se termina en la vida con la persona que más se ha creído amar, pues en esta existencia sin sentido incluso el amor no está exento de ello.

Si se quiere hacer un cambio verdadero en el mundo no basta con cortar los hilos de los títeres, se debe eliminar a sus manipuladores.

La mayor fuerza que existe en el humano no es la voluntad ni la inteligencia,

sino la curiosidad, esa activa todas las demás.

Una de las mejores cosas que podemos hacer para evitar jodernos desde un principio es no creer en nada de lo que de pequeños nos enseñan nuestros padres o profesores.

Todos queremos un mundo diferente, uno lleno de paz y justicia, uno casi perfecto; pero nadie se cuestiona si realmente mereciera vivir en tal mundo.

Todas las personas opinan, todas creen tener la razón, juzgan y argumentan. Esto es gracias a la libertad de expresión; y también gracias a esto es que podemos apreciar la estupidez humana en todo su esplendor y su constante aumento en la misma proporción con que el ser estulto se reproduce.

Los sentimientos humanos se tornan en la mayor carga para el viajero que, solitario y hastiado de la estupidez de su especie, escala las cumbres y las altiplanicies de la existencia en busca del consuelo divino mediante el conocimiento más elevado.

Te aprecio como entidad material y espiritual, el beso de tu muerte será el altar donde se unifiquen los fragmentos de mis irrevocables manifestaciones.

Si se descubriese la añorada semblanza en la muerte, se añoraría el suicidio mucho más que la eternidad.

La gran lógica humana es la caricatura de la sabiduría.

Y, sin embargo, eso definía mi existencia: seguir extrañas y patéticas tendencias buscando desesperadamente matizar de realidad el vacío inminente que en mí no toleraba, que en el mundo imperaba.

No se despedía de nada al morir, pues bien sabía que la agonía de su alma sería el surgimiento de un fuego eterno.

Cómo hubiera deseado ser un humano libre, al menos así podría abandonarme a la irrelevancia ataviada de eternidad.

Al final, para las personas es más fácil estar vacías, no percatarse de lo execrable que es su falta de curiosidad; así es más fácil también poder vivir.

Cualquier cosa era útil para intentar darle un sentido a la vida; de otro modo, ésta se tornaba ominosamente insoportable.

La voluntad de un supuesto dios es solo la muestra más fehaciente de la ignorancia humana ante los sucesos que no logra controlar.

Si un tal dios hecho a la medida humana existiese, no tendría que recibir adoración por parte de sus inventores, sino solo un extraño respeto por su indiferencia ante éstos.

Ocasionalmente se cuestiona la existencia de un supuesto dios, aunque realmente no importa; primeramente, debería cuestionarse la existencia propia.

Lo único que había conseguido al vivir había sido llenar mi ser de un dolor eviterno y de una tristeza tan flameante que quemaba mi interior a cada instante.

La existencia es triste y miserable, pero mientras no se posea la fuerza suficiente para morir, seguiremos padeciendo sus imprecaciones.

El mundo sería un mejor lugar tan solo si desapareciera casi toda la humanidad, y si los pocos que quedaran vivos se despojaran de todo rastro de su anterior esencia.

Los fragmentos que laceraban mi espíritu eran los mismos que los humanos usaban para deleitarse con sus vicios y sus absurdas andanzas.

Quería erradicarlo todo y no dejar rastro de mi propia situación, añoraba imaginar que nunca existió lo que conocí como mi actual condición.

Las francachelas de lo celestial eran las insulsas y vomitivas adoraciones de la esencia mortal.

Después de vivir supe lo que se sentía estar muerto; sin embargo, después de morir, ¿sabría lo que se sentiría estar vivo?

No sabía si quería existir, aunque al abrir los ojos supe que no tenía opción. ¿Pero por qué hasta ahora me lo cuestionaba? ¿Es que acaso mi razón había sido extirpada por la infame succión de esta pseudorealidad y licuada ominosamente con todos mis sueños y emociones retorcidas? Lo podría saber tal vez demasiado tarde, cuando el último sonido de la vetusta marea ahogase la no deseada respiración.

La ausencia de interés fue absoluta. La insípida vida humana me asqueo al



punto de olvidar que todavía permanecía entre los vivos; no obstante, la celestial puerta sagrada evidenció el sublime camino, el único método verdadero para escapar de este trágico y grotesco fastidio.

No entiendes las ganas que tengo de que esto pare, quisiera borrar los recuerdos de las imágenes que veo y que posiblemente ni siquiera existen.

Me gustaría ser sordo y dejar de escuchar el ruido infernal de esas voces nauseabundas que solo muestran la pobreza de sus mentes, llenando de halagos a personas cuya existencia es simplemente estúpida y sin sentido; aunque en esta sociedad la existencia de quién no lo es del mismo modo.

Esta enfermedad llamada existencia no ofrece tregua, no cesa en sus constantes intentos por lacerar mi espíritu y, desdichadamente, me obliga a recurrir al único solaz posible para contrarrestarle: el simpático olor del suicidio para liberar mi sombra.

Era impensable virar e intentar dilucidar los pasos que me habían conducido hasta mi actual decadencia; ni siquiera atisbaba el comienzo de este menguante sendero, tan lejano e inalcanzable me parecía la evolución hacia lo supremo que, en el momento del quiebre eviterno, me arrojé hacia el delicioso abismo de los impulsos ingobernables, de los seres más deplorables cuya muerte representaba lo que repugnaba en vida.

¿Qué sería de mí si no quisiera morir? ¿Acaso podría tornarse mi ser en un depravado incitador de la vileza humana? O ¿tal vez un impúdico gusano aparentando ser feliz en esta irónica y volteada falacia? Era sensato, pese a la estúpida opinión de los humanos a mi alrededor, querer desistir.

¿No es preferible arrepentirse de un error antes de agravarlo más o culminarlo? ¿No era una mejor opción cerrar este libro y arrojarlo muy lejos, donde jamás nunca nadie volviera a perturbarlo?

Los humanos más absurdos se aferran con una sordidez nauseabunda a la mentira en que existen, y aquellos quienes verdaderamente comprenden el martirio inmanente de las elucubraciones sublimes pierden toda esperanza en el estado actual y se tambalean entre la dulce y melódica sinfonía de la muerte.

No debe sorprendernos que los humanos habitantes de este triste mundo estén tan corrompidos y sean tan viles, que sus acciones y sentimientos carezcan de cualquier sentido y que, en su recalcitrante miseria e infinita ignorancia, se jacten de ser la creación de alguna entidad divina, pues cuán cierto es que la más atroz banalidad no se percibe nunca como tal ni conoce su propia naturaleza, y si mínimamente lo hace, se empecina por acrecentarse hasta lo insospechado.

Lo que más me molestaba de estar supuestamente vivo era mi execrable sensación de humanidad. Pasaba intensas jornadas cavilando sobre cuestiones abstrusas en extremo, quebrándome la cabeza con implacables acertijos. No obstante, al final de todo, sabía que estaba condenado por defecto, que entre más renegase de mi propia naturaleza, ruin y sin sentido, mayor sería el sacrilegio de continuar respirando.

El deseo de no despertar aturdió mi ser y sacudió mi centro, se encargó de

enloquecer este bello matiz regalado por la muerte.

Sin comprensión en el mundo humano, aislado y ajeno a todo lo que se considera deseable... Un ser puede ahogarse terriblemente en sí mismo hasta no hallar ningún camino qué seguir, hasta quedar hastiado de vivir. Tal condición se ilustra con la inmanente angustia en el alma atormentada por reflexiones tan inquietantes acerca de la vida, la muerte y los sentimientos que se mezclan en el lienzo del silencio.

Las respuestas que tanto he buscado, acaso, ni siquiera se hallen en esta fútil existencia, donde tan desesperante me es intentar ser yo.

¿Qué era mi desesperación en esta absurda existencia? Solamente un ridículo malestar provocado por la cavilación inconexa. Bastaba de unos momentos con la inquietud para silenciarme, pero ningún medio parecía de esta humanidad arrancarme, excepto uno, de cuya gloriosa libertad aún no era profeta.

Todo era tan decadente, banal y tedioso que me resultaba indiferente estar vivo o muerto, para mí ambas cosas eran lo mismo. El único motivo que me hacía despertar era imaginar que, esa noche, al fin acabaría con mi asquerosa humanidad.

Perfección... principio de lo eterno y convergencia de lo infinito. Imposible de alcanzar para la humanidad, que se ha contaminado ya de la pseudorealidad desde el origen del todo.

La más profunda enseñanza se sublimaba ante los ojos de los elegidos, no admitía flaquezas, no pertenecía a los carentes de espíritu. Por todos lados se

barruntaba si el ser era verdad o una tergiversación del concepto impensable para los mismos, e incompleto, de naturaleza tal que se adjudicó el derecho de sentirse real y brutal. De cualquier modo, la percepción en el espacio era invadida por la imaginación de proporción estética.

Mi vida se traducía en un montón de piezas rotas, en tormentosa fatiga, en crónico y cerval tedio. Para mí, vivir era más que el acto como tal, era más bien como experimentar una guerra que no terminaba nunca. Estaba ahído de constantes enfrentamientos internos, harto del absurdo que me envenenaba sin remedio y en el cual me sumergía, frustrado de no representar algo más que una simple helada en el gélido y tétrico invierno donde sabía que mi única escapatoria sería definitiva.

Llegué a la conclusión más tragicómica en aquella noche de agonía: el mundo está diseñado para cierto tipo de personas, abundantes como la miseria; para los materialistas, injustos, sumisos, esclavos del falso dios y carentes de sentido; indudablemente, para aquellos con el alma comprada.

Esclavo de todo lo que aborrezco, prófugo de lo que aprecio y hambriento de realidad como si se tratase de un vicio, así era mi humanidad carcomida.

Tú que dices que vives, no apreciarías tu muerte seguramente. Tú que crees que existes, no te refugiarías en tu mente si estuvieses inerme.

Estamos tan hambrientos de existencia que no nos percatamos de que hacemos todo para alejarnos de ella.

Ese es el problema: aún soy demasiado humano. No sé cómo ser más fuerte, cómo convertirme en un dios... tal vez es imposible superar los límites de mi

naturaleza, rozar algo más allá de esta inmunda tristeza.

Todo es un gran enigma, pero sin sentido; cualquier camino conduce al mismo destino, la incertidumbre gobierna la existencia de los seres a quienes les ha resultado tan ajena la sublimidad.

Y yo, sin ser distinto, solo tengo certeza de algo: la humanidad es una raza miserable y condenada a la extinción desde el primer momento en que osó ensuciar la creación. Es tedioso, lo sé, pero al menos esa certeza es la que percibo diariamente al verme involucrado con los humanos que habitan este pedazo de infierno, y estoy seguro de que así se mantendrá hasta que me mate, esa será la única gran verdad que aquí creeré.

Antes de intentar hablar de religión con un religioso preferiría fornicar con un cadáver, sin importar hace cuánto fue el entierro.

Dos son los cimientos que sostienen esta infecta y estúpida civilización de humanos abyectos, tan bien planeada por manos ocultas que manejan bien los títeres que los pueblos llaman líderes: la mentira y la hipocresía. No se necesita más para fingir no estar muerto, para sentirse feliz en este pestilente tormento, para escanciar la sangre del moribundo eterno.

Es extraño que los humanos peleen por imponer una religión o una creencia cualquiera, y más brutal resulta el número de guerras que surgen entre manos siniestras.

Tan complejo parece ser elegir ante qué ser imaginario arrodillarse, y no lo entiendo, puesto que todos se han sometido tan ominosamente ante el falso dios, mismo que ha demostrado ser más efectivo para imponer un aciago reino

en este camposanto patético. Y ¿cuál será este falso dios? Simple: el único que alguna vez ha podido hacer creer a los muertos que estaban vivos, aquel por el que todo esto carece de sentido, ese con el poder de trastornar el destino.

No siempre se cumple lo que uno quiere; por ejemplo: yo no quería existir y, sin embargo, quiero convencerme de que eso hago.

Es emocionante que los humanos se alegren por haber finalizado sus estudios, pues con ello se completa el moldeamiento al que han sido sometidos desde años atrás sin que lo sospechen.

Ahora viene el paso fundamental para que este mundo continúe su feliz camino hacia la putrefacción y la miseria: el individuo debe trabajar para satisfacer los vicios inculcados en su psique, y creer que es feliz en su adoctrinamiento, casarse, contaminar con las mismas patrañas a sus nauseabundos hijos, perseguir materialismo y dinero, fornicar como un cerdo, mirar televisión, ser cada vez más corrompido por la pseudorealidad... y así hasta la muerte.

Cada vez es más claro para mí que nada de este mundo tiene sentido, pero es normal que las personas no lo perciban; es, incluso, ideal. De otro modo, todas las mentiras que nos han metido tan majestuosamente en la cabeza desde el execrable nacimiento caerían por el enorme sinsentido que simbolizan y, con ello, todo este sistema de porquería y falacias misteriosas se derrumbaría. Tal utopía es, empero, la única forma de libertad que yo concebiría.

¿Cómo se esperaba que los humanos fuesen seres divinos si sus mismos dioses son tan miserables como ellos, quizás aún más?

Me niego constantemente a creer que esta existencia patética y efímera es todo lo que hay, intento contradecir esos murmullos cuya veracidad se torna cada vez más evidente. No obstante, entre más virtudes concedo a los humanos, las únicas pruebas que recibo indican exactamente lo opuesto.

La depravación del mundo es el único “progreso” alcanzado por esta infame especie humana, al menos es de la que más pruebas se tiene, basta con salir y analizar lo que a los humanos divierte y entretiene.

El que realmente haya conseguido ser él mismo en algún mundo, que no vuelva jamás a la vida.

Nunca he conocido a un ser cuyos ideales sean inmanentes y no los inculcados por sus padres, la religión, la televisión, la educación o cualquier artificio del opresor.

## XI

Esa es la verdad que en mí impera: la humanidad es el chiste de los dioses, y uno de pésimo y execrable gusto.

No tengo una vida, ni siquiera quiero una; cada día siento enloquecer, no soporto más el ruido en mi cabeza.

Todos los humanos viviendo tan estultamente, entretenidos y acondicionados,

blasfemos y sacrílegos creen existir; quieren ser dueños y sabios de la semilla divina, patéticos mortales son cuya impertinencia los llevará a la ruina.

La felicidad que los humanos creen tener es solo mera y distópica ficción, tan solo engendrada como una ostentosa representación de su propia estupidez.

Qué inefables son los sueños de los seres terrenales, aquello que los haría ser dioses; y qué lamentable la facilidad con que les son arrebatados y despedazados por la maquinaria del poder, reduciéndolos en meras existencias atroces y falsas creencias.

La aflicción más grande para el desesperanzado e inmaculado ser arropado con el traje de la ínfima verdad es, atisbar con desaliento, que otros jamás podrán afligirse en la misma proporción al saber su miseria, que no son capaces de ver sin ojos y de existir sin no ser títeres mentales.

La constante tendencia de la imperfección conduce a la inevitable perfección, pero solo en aquellos desinfectados de humanidad degradante.

Las apariencias e impresiones resultan más sublimes que lo que las personas son en realidad, solo una realidad de fantasía tan endeble como de sentido carente.

No busquemos la reproducción de la especie, sino la perfección del espíritu.

No podría contemplar vivir y complacerme con placeres humanos, no quisiera ensuciar la pureza de los corazones tristes en este mundo; pobres de tantos humanos, tan ciegos y perdidos se hayan los inmutables llamados iniciados.



Descatalogado del mundo, ciego de mentiras, adusto de existencia y carente de humanidad, el hombre de la verdad verá caer el efímero imperio del deseo espiritual.

Estos días me he estado llenando de un desprecio incontrolable por las personas que me rodean. No porque yo sea mejor, simplemente porque no quiero ser como ellos, formar parte de este conjunto instaurado por sujetos que solo busca un dominio más fácil de las personas creando un pensamiento unificado completamente idiota que percibe las cosas tan miserablemente que ver un poco más a la derecha o izquierda del panorama significa ser digno de rechazo.

Cada vez que moría era ella quien me devolvía la vida, aunque fuese en un mundo de argucias.

No diré algo más, pues está de más, y el que yo exista es lo de menos, pero tú eres el inefable absurdo de mi existencia.

Me río de sus estúpidas creencias. Quizá las mías no son distintas, pero al menos no escupo mis ideas con un sentimiento de orgullo tan hipócrita, pues aun dentro de mí soy sincera. Al mismo tiempo incluso lo que veo refleja eso, quizá por ello siento más asco.

Te recordaré por siempre, nunca olvides que te amaré, aunque el amor ya haya muerto.

Me he rendido antes de hablar sobre lo que siento al raspar mi garganta y sentir la sangre discurrir. Otros derroteros han sido trazados, pero la verdad se

solaza entre laberintos plagados de ominosas criaturas, mismas que impiden que pueda atravesar las puertas del castillo sagrado; aunque, a decir verdad, no soy digno de entrar.

Por encima de todo lo que brilla e invita a regocijarse con el halo espiritual, puedo ver que tienes el alma más hermosa que yo haya podido atisbar.

No controlo lo que vibra en mí y lo que escribo, incluso parece que cuando eso pasa fuese otra persona, una que me gustaría conocer.

Necesito ese poder, necesito vivir algo imposible, al menos en la naturaleza conocida. Quiero ir más allá, si logro vivir el suceso y descomponerlo puedo entender, eso podría acercarme a la verdad, la cual parece encapsulada en algo tan complejo que necesito la fuerza de todos mis sombras intrínsecas.

Quiero creer que, al final de todo, hallaré las respuestas que nos han llevado a la desolación del ser inmortal.

No hay visionarios ni soñadores hoy en día, solo mártires embelesados y poderosos absurdos.

Qué pobre mendigo aquel que después de conseguir el tesoro perdido lo pierde lanzándolo al mar con su propio y desmedido actuar sin sentido.

Después de todo, soy solo un aburrido sin remedio, una estrella consumida en la noche execrable por los demonios del laberinto mental en donde he sido arrojado.

Mi pequeño acto en este teatro casi llega a su fin, fue un gusto haber compartido la escena de mi estúpida vida contigo.

El amor puro es imposible para los humanos, no existe en esta dimensión, lo laceramos. No somos adecuados para amar, el amor humano es una simple reducción de algo que simplemente no puede rebajarse a nuestros propósitos.

Y, si mueres, moriremos juntos, te apoyaré en el óbito hasta el final. Más loco y lastimado no puedo terminar, pero tú aún tienes mucho por caminar.

Lo hemos perdido todo en esta falsa existencia materialista, pero lo que tú me has dado jamás podría encontrarlo ni en millones de años luz, ni siquiera podría tener un igual; incluso tu brillo y cariño han sobrepasado los más tenebrosos universos plagados de frialdad, porque sé que estaremos así, siempre conectados, tú y yo ligados misteriosamente hasta el paroxismo de la eternidad.

Paulatinamente, me fui decepcionando de la literatura misma... resultaba demasiado banal, tan asquerosamente humana.

No ha habido, hasta ahora, ningún poeta que me haya convencido lo suficiente para considerarle como tal; de hecho, la poesía humana es lo que más detesto.

Lo que me desagradaba de los filósofos es que siempre se la pasaban hablando más de otros filósofos que de su propia filosofía. Por eso dejé de leerlos, porque su ingenuidad terminó por afectar la mía.

Solo una cosa me molesta más que existir: leer todo lo que escribo. Prefiero

que sean algunos espíritus sublimes los que aprecien el trasfondo de mis obras, porque creo que escribir es lo poco que aún me mantiene vivo, pero leerme haría que me pegara un tiro, lo cual sería mi suicidio preferido.

Quien se suicida después de una profunda agonía interna, y tras haber experimentado una desesperación y un hartazgo absoluto en la búsqueda de un inexistente sentido de la vida, no puede ser sino un dios. Esa es la verdadera consagración del encanto suicida.